

JÓVENES A LA ESPERA DEL CAMBIO NECESARIO .- 1/3

Cuando era pequeña, sabía que tenía superpoderes, porque pensaba que era capaz de entender los sentimientos de los "morenos", como los de mi abuelo, musulmán conservador, y también entendía a mi madre afgana, a mi padre paquistaní, que no eran tan religiosos, sino relativamente liberales. Por supuesto, también entendía los sentimientos de los blancos de mi país, Noruega. Ya sabéis, blancos, morenos... Les amaba a todos por igual. Yo les comprendía a todos, aunque no siempre se entendieran entre ellos. Todos eran mi gente.

Mi padre siempre andaba preocupado. Repetía constantemente que, incluso con la mejor educación, yo nunca iba a tener un trato justo. Según él, iba a enfrentarme a la discriminación. Y la única forma de que los blancos me aceptaran, era que me hiciera famosa. Con siete años, me dijo: Tienes dos opciones: o el deporte, o la música. Como no tenía idea de deportes... tocó música. A mis siete años, cogió todos mis juguetes y muñecas, y los tiró a la basura. A cambio me dio un espantoso teclado Casio y clases de canto. Y prácticamente me obligó a ensayar horas y horas cada día. Pronto me llevó a tocar ante públicos cada vez más grandes, y no sé cómo pero acabé convirtiéndome en una especie de "niña póster" para el movimiento multicultural noruego. Yo estaba muy orgullosa, claro, porque, por aquel entonces, hasta los periódicos escribían cosas buenas sobre los morenos.

Un día, cuando tenía doce años, de camino a casa de la escuela, tomé un pequeño desvío porque quería comprar mis golosinas preferidas, los "pies salados". Son unos trozos de regaliz con forma de pie, a mí me encantaban. Así que fui a entrar en la tienda, y me encontré que había un señor blanco en la puerta bloqueándome el paso. Intenté rodearlo, pero al darse cuenta me detuvo, se me quedó mirando, me escupió en la cara, y me dijo: "Quítate de en medio, pequeña perra negra, pequeña perra Paki, vuelve a tu país." Yo estaba horrorizada. Me quedé mirándolo. No me atrevía a limpiarme la saliva de la cara, aunque se me mezclaba con las lágrimas. Recuerdo mirar alrededor esperando que en cualquier momento iba a venir un adulto a decirle algo a ese hombre. En cambio, la gente pasaba a mi lado fingiendo no verme. Yo no lo entendía, porque pensaba:



¡Compañeros blancos, vamos! ¿Dónde están? ¿Qué pasa? ¿Por qué no vienen a rescatarme? Lógicamente, no me compré los dulces. Volví corriendo a casa lo más rápido que podía.

Pero no pasa nada, me dije a mí misma. Con el tiempo, fui teniendo más éxito. Ahora también me insultaban los morenos. Unos hombres de la comunidad de mis padres pensaban que era inaceptable y deshonoroso que una mujer hiciera música y saliera en los medios. Pronto empecé a recibir ataques en mis conciertos. Recuerdo una vez que me incliné hacia el público, y lo último que vi fue un rostro joven y moreno antes de que me arrojaran una sustancia química en los ojos. Recuerdo tener lágrimas en los ojos sin poder ver nada, pero seguí cantando. Paseando por Oslo me volvieron a escupir, esta vez hombres morenos. Una vez, incluso intentaron secuestrarme. Las amenazas de muerte nunca se terminaban. Recuerdo a un hombre barbudo que me paró por la calle y me dijo: "La razón por la que te odio tanto es porque les haces creer a nuestras hijas que pueden hacer lo que les dé la gana." Un chico joven me advirtió que tuviera cuidado. Dijo, "La música va contra el Islam, y es para prostitutas, y como sigas así, te van a violar y te cortarán el vientre para que no puedas parir a otra prostituta como tú."

Yo seguía muy confundida. No entendía qué pasaba. Mis compañeros morenos me trataban así. ¿por qué? En lugar de unir los dos mundos, sentía que me caía por un vacío entre ambos.

Con diecisiete años, las amenazas eran interminables y el acoso era constante. La cosa se puso tan mal que un día mi madre me dijo: "Nosotros ya no podemos protegerte, así que tendrás que irte de aquí." Compré un billete de ida a Londres, hice las maletas y me fui. Lo que más me dolió entonces es que nadie dijo nada. Mi salida fue muy pública. Mi gente morena, mi gente blanca, nadie dijo nada. Nadie dijo, "Oye, esto está mal. Apoyad a esta chica, protegédla, porque es uno de nosotros"

Una vez en Londres, retomé mi carrera musical. Otro sitio, pero por desgracia la misma historia. Recuerdo un mensaje que recibí que decía que me iban a matar y que iban a correr ríos de sangre, y que me iban a violar varias veces antes de morir. Para entonces, la verdad es que ya estaba acostumbrada a ese tipo de mensajes, pero la novedad es que empezaron a amenazar a mi familia.

Así que de nuevo hice la maleta, dejé la música, y me fui a EEUU. Ya estaba harta. No quería saber nada de aquello nunca más. Y desde luego, no iba a dejar que me mataran por algo que ni siquiera era mi sueño, la música, que era cosa de mi padre. *Sigue la próxima semana.*